



Comentario bibliográfico

Santiago Garaño, *Deseo de combate y muerte. El terrorismo de Estado como cosa de hombres* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2023).

Luis Leandro Lazarte

Universidad Nacional de General Sarmiento

llazarte@campus.ungs.edu.ar

Fecha de recepción: 16/07/2024

Fecha de aprobación: 10/10/2024

Deseo de combate y muerte. *El terrorismo de Estado como cosa de hombres*, escrito por el antropólogo argentino Santiago Garaño, explora los condicionantes emocionales, afectivos y sensoriales que atravesaron a las Fuerzas Armadas no solo durante la última dictadura cívico-militar, sino también en vísperas del golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Más precisamente, la obra pone el foco en el “Operativo Independencia” ejecutado entre 1975 y 1977 en suelo tucumano. Resulta relevante indicar que la misma tesis doctoral de Garaño versó sobre esta temática. Además, es autor de numerosas publicaciones también referidas al tema en cuestión, situación que lo ha convertido en una referencia ineludible.

La hipótesis que plantea el libro es que las condiciones afectivas y emocionales son fundamentales para comprender la forma que adquirió la represión ilegal y el terrorismo de Estado. En este sentido, resulta pertinente circunscribir esta obra en diálogo estrecho con producciones historiográficas dedicadas a indagar en las dinámicas y conceptualizaciones del término *Terrorismo de Estado*, tal como la obra de Gabriela Águila, *Historia de la última dictadura militar*¹.

En el marco de lo que conocemos como Historia de las emociones, el autor busca llevar adelante, según sus propias palabras, un abordaje renovador y a la vez complementario de los estudios acerca de la represión estatal en Argentina. Sostiene que este abordaje afectivo se ha aplicado para analizar a los grupos guerrilleros, pero no al personal castrense.

Para llevar a cabo su propuesta, Garaño utiliza un conjunto variado de fuentes, muchas de las cuales le otorgan un carácter novedoso a sus aportes, ya que son fuentes inéditas o que no suelen ser indagadas desde la academia. Entre ellas podemos encontrar documentos burocráticos del Ejército, declaraciones públicas de personal castrense, memorias de militares, actas de interrogatorios y diversos tipos de testimonios: algunos alojados en otras fuentes historiográficas, otros que corresponden a instancias judiciales, y otros pertenecientes a soldados conscriptos. Estos últimos emergen como una herramienta de vital trascendencia para la elaboración de la obra, tanto por su condición de excepcionales como porque fueron recolectados por él mismo en un trabajo de corte etnográfico.

El libro se divide en tres partes, cada una de tres capítulos. La primera parte, titulada *Afectos, emociones y sentimientos*, está compuesta por los capítulos “El caso Viola”, “Deseo de combate” y “Un ritual de iniciación”. Es posible amalgamar estos tres capítulos para comprender la idea central de esta primera parte: el foco está puesto en los elementos emocionales, que se articulan como factor clave para comprender el ejercicio de la violencia por parte de las fuerzas castrenses.

De esta forma, Garaño realiza una reconstrucción de los elementos que posibilitaron el afianzamiento de un “deseo de combate” en el seno del Ejército y la conceptualización de la guerrilla como un cuerpo “subversivo” sumamente peligroso no solo para la institución militar sino

1 Gabriela Águila, *Historia de la última dictadura militar. Argentina, 1976-1983* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2023).

también para la seguridad y los valores de la Nación. El asesinato del Capitán Humberto Viola y, sobre todo, el de su hija en la provincia de Tucumán en 1974, cometido por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), juega un papel nodal en el argumento del primer capítulo. Para el autor, este suceso fue utilizado por las fuerzas castrenses como recurso propagandístico (de gran impacto psicológico) que inculcó en el Ejército la percepción de que el cuerpo militar mismo era objeto de ataque de los “subversivos”.

Así, unidos por fuertes lazos de camaradería, por experiencias comunes, por la memoria de los “compañeros caídos”, por un fuerte odio y deseo de venganza y por un mandato de dar la vida misma por el compañero y la madre patria, el personal castrense se vio interpelado afectivamente. Este argumento se profundiza en el segundo capítulo. A partir de distintos testimonios de soldados, Garaño busca demostrar cómo se impregnó este “deseo de combate” en las fuerzas castrenses, impulsado por un conjunto de sentimientos y emociones que involucraron al personal de modo de legitimar un “estado de guerra” donde la represión clandestina era un recurso legítimo y del que era preciso hacer uso.

Para cerrar la primera parte, en el capítulo 3, Garaño argumenta que el “Operativo Independencia” constituyó un “rito de pasaje” al interior del Ejército. Las experiencias vividas durante la campaña en el monte tucumano maximizaron el compromiso de esta Fuerza con la represión y las formas del terrorismo de Estado. Apelando nuevamente a las vivencias y testimonios de soldados (en este caso conscriptos), concluye que los riesgos, el miedo a morir, la experiencia somática del Operativo, sumado a todas las expresiones emocionales ya narradas, constituyeron un parteaguas que resultó en la consolidación de un cuerpo militar altamente cohesionado por el odio, el deseo de combate y el mandato sexuado (porque la represión, la guerra y la valentía eran “cosa de hombres”) de dar la vida por la Nación y sus hermanos de armas.

“Campo de prueba”, “Teatro de operaciones” y “El Estado terrorista y sus márgenes” son los capítulos que conforman la segunda parte del libro: *Mostrar y ocultar*. Garaño afirma que lo que busca en este segundo segmento de su obra es abordar lo que él llama “las formas elementales” del terrorismo de Estado. A través de documentos operacionales castrenses y memorias de militares de alto rango, el capítulo cuatro, “Campo de prueba”, busca contribuir a dicho abordaje bajo la

tesis de que existió un marco burocrático-administrativo interno y secreto que reguló y posibilitó el despliegue de una experiencia represiva singular en el teatro de operaciones tucumano.

De acuerdo a la propuesta del autor, las ordenanzas y directivas militares reconocían la importancia que tenía Tucumán, ya que la guerrilla se había hecho fuerte allí tanto a nivel rural como urbano. Además, las fuerzas militares sostuvieron con énfasis que el tipo de guerra no convencional a la que los invitaba la facción “subversiva”, fue la razón que motivaba que el Ejército debiera readaptar sus prácticas de modo de combatirla de forma eficaz e implacable. Las directivas evidenciaron esto. Situaciones excepcionales requerían formas excepcionales. Estas formas excepcionales se tradujeron en la represión y detención ilegal, en la tortura y en la desaparición de personas.

Esta puesta en práctica de nuevas formas de combatir la “subversión”, le da sentido al título del capítulo 4. Las diversas directrices y las readaptaciones procedimentales que adquirió el “Operativo Independencia” provocaron que se vieran involucrados una gran cantidad de efectivos no solo de las fuerzas militares, sino también de la Gendarmería y la Policía. Dadas estas circunstancias, Garaño observa que esta masividad fue una estrategia intencional cuyo fin era el emplear al mayor número posible de personal para que adquiriesen experiencia en esta nueva forma de combate. La idea consistía en exportar los aprendizajes adquiridos a otras zonas del país que exigían este mismo *modus operandi*; por ello el monte y el sur tucumano fueron para Garaño un “campo de prueba”.

En el quinto capítulo, el autor propone entender al monte tucumano no tanto como un elemento propio del paisaje o de la geografía tucumana, sino como escenografía representativa de la violencia y represión política. Lógicamente, esto es posible dado lo acaecido en el “Operativo Independencia”. Tanto los guerrilleros como las fuerzas militares, escenificaron el monte tucumano como un “teatro de operaciones” en el cual se libraría una lucha (al igual que en los años de la Independencia) contra un enemigo que atentaba contra la Nación. Garaño asevera que el Ejército se encargó de convertir el monte, tanto para personal castrense como para la población general, en un lugar en que se desataba una verdadera guerra. “Tucumán, cuna de la Independencia, sepulcro de la subversión” era uno de los lemas que acompañaba la puesta en

escena del combate. La construcción de un ambiente (el monte) plagado de peligros, de muerte, y de un enemigo totalmente despreciable fue vital para vertebrar este deseo de combate, acompañado de un marcado heroísmo, que los volvía capaces de llevar a cabo las acciones que hoy en día nosotros percibimos como criminales.

En el capítulo 6, “El Estado terrorista y sus márgenes”, el autor analiza testimonios de soldados conscriptos y miembros de la Gendarmería, o sea, de personal que no pertenece al corazón del Ejército, sino a sus “márgenes”. De este modo, el autor se encuentra con un conjunto fragmentario de datos y experiencias que dan cuenta del terror estatal desatado sobre el sur de Tucumán. Garaño considera que el doble proceso de “mostrar y ocultar” se volvió clave para las fuerzas castrenses. Si bien tuvo que “mostrar” su absoluto dominio del territorio mediante manifestaciones de su brutalidad y potencial represivo —como, por ejemplo, las detenciones arbitrarias— al mismo tiempo el verdadero terror se debía “ocultar”, inclusive de algunos de sus propios integrantes. Con todo, Garaño subraya que, en realidad, el terror era un secreto a voces.

La tercera y última parte del libro, *Entre fuleros, héroes y traidores*, se inicia con el capítulo 7: “Cultura del terror”. La tesis que recorre este capítulo se sostiene nuevamente en relatos de soldados conscriptos y en documentos militares. A través de dichas fuentes, Garaño hace hincapié en la acción psicológica del Ejército, que mediante rumores, mitos y silencios se encargó de empapar al sur tucumano en una cultura del terror. Esta cultura del terror estaba basada en la construcción del otro subversivo como un “fulero” y “extremista” que denotaba su peligrosidad, por la cual debía ser combatido y aniquilado. Tanto la población como el personal castrense se vieron afectados por esta acción psicológica, que los llevó a desarrollar un profundo temor hacia un contexto plagado de muerte. No obstante, este temor, debía impulsar en los soldados un deseo de combate motorizado por la valentía, por su deber como hombres y por el odio visceral al enemigo.

El octavo capítulo, “Un enemigo interno”, se encarga de trabajar la idea del héroe/traidor y la potencialidad de estas etiquetas durante el Operativo Independencia. La idea del “héroe” se articulaba con la noción de ser un “verdadero hombre” que estaba dispuesto a sacrificarse por sus camaradas y por la misma causa, portador de una lealtad infranqueable e inquebrantable. La etiqueta se encontraba transversalmente generizada, al igual que el término “traidor”, que era

asociado a los militares que traicionaron al Ejército colaborando con los subversivos. A estos últimos se les cuestionaba su misma virilidad por transgredir los mandatos masculinos de camaradería, honor, lealtad, nacionalismo, entre otros. Asimismo, esta dualidad héroe-traidor, cimentó una constante sospecha al interior mismo del cuerpo castrense, principalmente sobre los soldados conscriptos.

En el último capítulo, “Un poder soberano”, se retoma el doble objetivo que para Garaño tuvo el Operativo Independencia: en primer lugar, el exterminio de la disidencia, de la “subversión”, mediante los mecanismos clandestinos ya mencionados; en segundo lugar, la reafirmación de la “soberanía” del poder militar y estatal en una tierra que desde 1966 se encontraba marcada por el conflicto sindical en torno a los ingenios azucareros y que luego, con la llegada del PRT-ERP, experimentó una escalada de la violencia.

Por esto último es que las fuerzas militares le dedicaron especial energía no solo a combatir al PRT-ERP, sino también a armar una escena pública en la que eran ellos quienes ahora controlaban el terreno. Una de las formas de dejar su huella en el territorio fue la creación de cuatro poblados al pie del monte tucumano que llevaban el nombre de militares caídos en el combate, como una forma no solo de reconocer la valentía y el honor de estos, sino como marca de que ese territorio ahora era controlado solamente por el Ejército.

Finalmente, el libro se cierra con un Epílogo donde Garaño comenta acerca de su participación, en carácter de testigo de contexto (figura jurídica entre testigo y perito), en un juicio público y oral desarrollado entre los años 2016 y 2017, en el cuál declaró acerca de las formas que asumió el terrorismo de Estado durante el Operativo Independencia. De este modo, nos propone debatir en torno del rol de las ciencias sociales en tanto disciplinas que pueden contribuir a la comprensión, en el marco judicial, tanto del terrorismo de Estado como de la desaparición de personas como herramienta de poder.

La historia reciente argentina pone a disposición de los investigadores un amplio y nutrido abanico de campos, sujetos, tramas y coyunturas susceptibles de ser indagadas y analizadas. En un contexto político en el cual se evidencia una disputa pública acerca de “qué pasó en los setenta”

es sumamente importante nutrirse de nuevas conceptualizaciones y perspectivas que motoricen nuestra comprensión acerca de aquel pasado traumático.

Precisamente esto hace Garaño al proponer en su libro una lectura desde la Historia de las emociones con una narrativa sencilla sin resignar complejidad. La obra busca dar cuenta de la dimensión afectiva de los sujetos estudiados, con la mayor precisión posible. Acercarse a esta dimensión emocional y afectiva de los sujetos históricos presenta más que interesantes desafíos. Uno de ellos es, sin duda, vincular las emociones y los sentimientos con la toma de decisiones de los sujetos y el contexto de acción. Mucho más cuando se plantea una hipótesis tan ambiciosa: la indisociabilidad de la dimensión afectiva y emocional de los actos perpetrados por el Ejército en Tucumán y luego en todo el país. Comprender cómo los soldados argentinos construyeron sus deseos de combatir, de matar y hasta de morir por una causa y mandato que los excedía, a la vez que los interpelaba, desde componentes altamente sexuados, resulta una dimensión de análisis indispensable para entender el fenómeno en su totalidad.

Discernir la trama subjetiva que motiva en los actores deseos de cometer actos inhumanos, nos lleva a la simiente de la cuestión, porque nadie porta el sadismo, el desprecio por la vida humana, por la dignidad ajena, de forma natural. Por ello, es importante siempre complejizar la mirada, reconociendo los detonantes afectivos, psicológicos, emocionales y sentimentales que sostienen las acciones. Esta complejización en pos del reconocimiento de estas dimensiones se encuentran presentes, sin lugar a dudas, en *Deseo de combate y muerte. El terrorismo de Estado como cosa de hombres*.